

SECCION DOCTRINAL

DESTRUCCION DE LA PATRIA ESPAÑOLA

Cáusanos rubor decirlo; pero el eco, que en el extranjero tienen los desmanes cometidos en España, raya en tal grado de difamacion y acerba censura, que así las grandes como hasta las pequeñas naciones, á quienes ántes pudiéramos inspirar temor ó envidia, hoy nos compadecen, y no sin razon, cual víctimas de imponderable infortunio, y presa desdichada del vértigo más insano. Si pudieran medir la escasez relativa del número de los verdugos frenéticos de esta noble patria, escasez suplida por la audacia en ellos, y compensada por la inercia y desunion en los demas, su lástima seria más profunda, y mayor sin duda su asombro.

Pero ha llegado el tiempo de los ensayos de todo linaje de quimeras é iniquidades. ¡Prueba terrible!... Dios la consiente, y hemos de sufrirla sonrojados.

Tambien otras naciones del continente la han sufrido, y otras acaso, y no tarde, la sufrirán á su vez: y aunque no, en verdad, nos consuela de la propia la desgracia agena, debemos y podemos, para aminorar un tanto nuestra gran vergüenza, consignar esa observacion exacta, que ha de servir ademas para ensanchar los horizontes del humano estudio, cuando se busque el modo de señalar la raíz del mal y la naturaleza de los remedios.

De Portugal, pequeña nacion vecina, que hoy recibe y

hospeda á gran parte de nuestros emigrados voluntarios, y políticos fugitivos, y pórtase ciertamente con los que son criminales con más entereza y justa energía, que los gobiernos que sin sombra ni instinto de autoridad se suceden en España, hemos recibido el periódico titulado *La Correspondencia*, y en su revista extranjera leído con dolor las palabras siguientes, que literalmente traducimos:

«Son gravísimas y aterradoras las noticias, que á cada momento nos trasmite de España el telégrafo.

»Las escenas de horror y sangre principiaron en esa infeliz nación. Los caníbales del tiempo de la revolución francesa en 1793 se han visto oscurecidos por los caníbales de la república española en 1873. Las escenas de pavor, asesinato, incendios, etc., que hoy se están viendo en España, aterrorizan al mundo. La *Commune* con su horrible séquito de crímenes y violencias impera en algunos puntos y acaso en breve en todos los de España.

»Las escenas de *terror* en 1793 y las de la *Commune* de París en 1871 repítense en 1873 en la patria del descubridor de Méjico; y no es fácil prever hasta donde llegarán los excesos cometidos en España por los nuevos terroristas, hoy apellidados partidarios de la Internacional.

»Con un gobierno débil, una Asamblea anárquica, y un ejército indisciplinado, no se puede fácilmente dominar la situación, en que se encuentra España. Pocos son los soldados con que cuenta, para combatir las huestes del Norte y además las de los Internacionalistas.

»Sanlúcar de Barrameda, y más especialmente Alcoy, campo de operaciones escogido por la *Internacional*, están ahí para probar al mundo un progreso más del comunismo. En Sanlúcar de Barrameda ha imperado la *Commune*: el reparto de propiedades tuvo ya comienzo. En Alcoy, ciudad de la provincia de Alicante, las escenas de horror é incendio alumbraron y aterraron al mundo.»

Prosigue después el periódico lusitano reseñando en

varios números con exactos informes y colores vivos, los sucesos de España, así de Alcoy, como de las demas infortunadas regiones, por donde se ha paseado la tea y la cuchilla de incendiarios y asesinos.

A su vez *La Liberté* de Paris, que atentamente sigue los sucesos de nuestra patria, publicó no há mucho un artículo cuerdo, elegante y erúdito, acerca de la proclamacion de la República federal en nuestra patria. Lleva la firma de Jules de Precy; y entre otros notables párrafos contiene los siguientes sobre la insensata disolucion ó desmembracion de España:

«La palabra *proclamar* es casi siempre una palabra vacia de sentido, un acto puramente platónico y literario, frecuentemente una mistificacion.

»El cónsul Flaminio, despues de haber conquistado la Macedonia, el Epiro y la Ilyria, que amenazaban la independencia de Grecia, convocó á todas las ciudades de la república para celebrar en Corinto los juegos ístmicos, que la guerra habia interrumpido. El cónsul tomó asiento en su silla curul y un heraldo proclamó solemnemente la independencia de Grecia. El entusiasmo fué indescriptible, y, segun refiere Tito Livio, el heraldo tuvo que repetir por segunda vez el senado-consulta; el pueblo lloró de alegría; y todos se disputaban quien besaria primero los piés y las manos de Flaminio.

»Pero ¡ay! todo estaba ya en Grecia muerto, y bien muerto: costumbres antiguas, leyes, tradiciones, respeto á los dioses, disciplina, unidad y patriotismo. Así, algunos años despues, la Grecia, cuna de Roma, se hallaba inscrita en el catastro del imperio con el nombre de provincia acuéa...

»Proclamar la república federal, sin haber asentado préviamente las bases de la nueva forma de gobierno, es pura y simplemente una puerilidad, indigna de un gran pueblo.

»Por otra parte, no hay ejemplo en la historia de que federacion alguna haya sucedido regular y establemente á una unidad. Los compañeros de Eneas, al desembarcar en Italia, se federaron con ciertos pueblos del Lacio, para arraigarse en el suelo que la suerte les designaba.

.....Fæderis æquas
Dicamus leges,

dice Virgilio. Todos los Estados, todas las ciudades de Grecia conservan su autonomía. Desde la anfictionía, especie de federacion religiosa, hasta la liga acquéa, por do quiera no se observa al través de los siglos mas que la tendencia hácia la unidad, no hácia el desmembramiento. Esta tendencia es universal, y se la ve desarrollarse lógicamente y regularmente en Francia, en Alemania, en Inglaterra, en Italia, en Suiza, en los Estados-Unidos de América; por todas partes, en fin. Del aniquilamiento del imperio romano tampoco nace ninguna federacion: es la muerte la que sucede á la vida, la disolucion, la Edad media entrevistada.

»España no se librá de la ley universal. Si persevera en la *funesta via* que ha emprendido, no será á la *federacion*, sino á la *disolucion*, á donde marchará á pasos gigantescos.

»A pesar de la diferencia de tipos y razas, la federacion española tropezará con mil dificultades. ¿Qué autoridad tendrá el gobierno federal para cortar las cuestiones que se susciten entre los diversos Estados? ¿De qué medios de accion dispondrá para hacer ejecutar sus sentencias soberanas?»

No cabe dudar de la verdad profunda que encierran tan juiciosas é imparciales consideraciones, en medio de su notorio comedimiento. Mucho mas podria decirse sobre tan principal materia; pero lo apuntado basta para llamar la atencion de los menos instruidos y hacerles ver el va-

lor que tienen como políticos los cantores de diatribas y paradojás.

Aun en la fria y apartada Alemania, y en periódicos reputados por órganos oficiosos del gobierno de Berlin, cual *La Nord deutsche Allemeine Zeitung*, léense párrafos como estos, en que no sin humillacion pueden fijarse los ojos:

«Siguen ocupando en primer término la atencion pública los acontecimientos de España. Quién gobierna, ó mejor dicho, *no* gobierna en Madrid, es cosa ya muy indiferente, y no vale la molestia de ocuparse de los ministerios de un dia ó dos de vida. Puede ser que concluya la tragedia cuando todos los diputados, uno detrás de otro, se hayan divertido en jugar á ser ministros.

»Mientras que en Madrid intrigan y en medio de un lindo orden de cosas se ocupan en un proyecto de Constitucion, que no se puede calificar sino de *obra de fantasia*, reina en las provincias una confusion tal, que ni con mucho es posible enumerar los hechos que se están consumando.»

Y el verídico relato de los horribles sucesos de Málaga, Alcoy, Sevilla, Granada, Cádiz y tantos otros puntos, sigue á las observaciones precedentes.

No es necesario decir que al mismo tenor se expresan las publicaciones periódicas de la prensa italiana, belga, inglesa y de otras naciones. Y no es lo peor ciertamente lo que en toda Europa de nosotros se dice. En verdad las naciones como los hombres tienen su honor y fama, de la cual viven, y de que sus hijos leales son y han sido siempre ardientemente celosos; pero es mas afflictivo que la difamacion todavía, el que hechos innegables y vergonzosísimos estén dando repetidamente razon á lo que se dice.

Aunque imposible parezca á los amantes de su patria, aunque imaginen que aquello que ven los ojos y al corazon abruma, es pesadilla de la fantasía sobrecitada, y no realidad verdadera, la nacion española, en parte por sus

propios errores, y en parte aún mas principal por la invasión de los agenos, que buscan desde las nieblas del Septentrion la luz y el calor de los climas meridionales, como para crecer, agigantarse y producir rápidas explosiones, ha llegado á tal punto de desórden civil, de anarquía política y de lucha religiosa, que angustia causa el verlo y considerarlo.

El pueblo español, notado por su firme carácter y su histórica bravura, no es el primer responsable de tanto desastre y tan hondas amarguras. Sobre su índole algo hemos escrito en las páginas de esta Revista (1); y de lo dicho no tenemos por que apartarnos. Difícilmente habrá otro, que mas condiciones tuviera para ser próspero y grande, despues de verificada la unidad de la patria, que hoy loca y criminalmente se quiere destruir. La patria española fué por Dios dotada de las condiciones mas á propósito para engendrar y mantener un pueblo de altos destinos. Península entre dos mares, que son los mares de la civilización y la actividad humana, el Mediterráneo y el Océano, alta barrera de erguidas montañas en su frontera continental, zona geográfica templada, clima variado prra la diversidad prodigiosa de sus productos, grandes masas, es cierto, de cordilleras, pero mezcladas con no pocas extensas y feraces llanuras cruzadas por bastante caudalosos rios, hacen de sus condiciones físicas un conjunto sin duda envidiable y por desgracia siempre envidiado.

En cuanto á la raza y á la historia de su poblacion, la sobriedad, el viril sufrimiento, la sencillez de costumbres, cierta austeridad altiva y generosa hidalguia, han sido su probervial distintivo. De aquí que el guerrero ibérico de las legiones púnicas ó romanas, el soldado incomparable de los tercios españoles de la Edad Media, ó el descu-

(1) Véase el núm. 41, correspondiente al 10 de Mayo último de LA DEFENSA DE LA SOCIEDAD.

bridor y navegante, audaces y resueltos, y los mismos combatientes á menudo improvisados de nuestras guerras modernas, ya de las extranjeras, ya de las mismas tristísimas civiles, que en discordia incesante nos desgarran y enflaquecen, hayan sido y sean famosos en el mundo: de aquí tambien que el común de nuestro bajo pueblo haya sido reputado por el observador estudioso, nacional y extranjero, como el mas digno, altivo é independiente, en parangon con los demas de la culta Europa. Nuestros fueros vascongados, navarros y aragoneses en toda su extension, nuestras comunidades de Castilla, nuestros municipios de los primeros siglos, y las cartas, concesiones, códigos y pragmáticas, simultáneas y posteriores á la reconquista, demuestran y confirman lo que de enunciar acabamos.

Dos elementós principalmente forman á nuestro juicio la esencial base de lo que llamamos «patria ó nacion» en un sentido, «potencia ó Estado» en otro, á saber la *circunscripcion geográfica*, y la *comunidad jurídica*. Dentro de unas mismas *fronteras* y al abrigo de unas mismas *leyes* desarróllanse natural y espontáneamente los vínculos, intereses y costumbres sociales de un organismo nacional. Vienen á robustecer esos elementos, sobre todo el comun idioma, tendencia natural de todo cuerpo social vivo y palpitante, y despues las comunes empresas, los hechos históricos y los mismos trabajos y contratiempos comunes. Así la acion natural de los siglos fué formando la robusta cohesion de la nacion española. Combatida su existencia por violentas usurpaciones, de todos conocidas, el genio héroeico de sus hijos reconquistó y restauró siempre lo usurpado, despues que en los primeros siglos de nuestra era, indígenas, godos y romanos hubieron formado un cuerpo único, amasado y confundido, en que cada elemento trajo su parte vital para el conjunto. Sábios reyes, doctos patrióios, síndicos y procuradores celosos del procomun de

sus villas y ciudades, fueron creando y corroborando al través del feudalismo, general en Europa, nuestra vida nacional; y, dominando y ligando fuertemente á todos, ejerció su poderoso y sublime influjo la esencia civilizadora é inagotable del catolicismo. Repetidos enlaces dinásticos vinieron tambien á agrupar dichosamente por natural y pacífica manera los principales señoríos y reinos antiguos. Y por último pusieron á todo gloriosa cima los grandes monarcas Isabel y Fernando, tan prudentes, previsores, y valerosos, como católicos y españoles. El espíritu de Aragón, que ya en sí llevaba el de Cataluña, Valencia y áun Navarra, y el de Castilla que habia de esparcirse pronto por los recién recuperados reinos de Murcia y Andalucía, unieronse en un solo espíritu en aquellas dos almas superiores, y en las de los egregios varones de su corte. ¡Emblema y representación augusta de la consumada unidad de la patria, como jamás la tuvo otra nación alguna!

Aquellos reyes y su profundo ministro el gran Cisneros, tan sábio, prudente, enérgico y virtuoso como ellos, fueron allegando y enlazando entre sus manos honradas todas las fuerzas vitales que forman una gran nación: pureza y potestad de la religion, justicia y severidad del poder civil, dignidad y entereza en las diplomáticas relaciones, constante patrocinio al pueblo, sencillez y seriedad de costumbres, creación del ejército permanente (muerte verdadera del feudalismo y prenda necesaria de protección social, pese á las locas doctrinas y no leales intentos de nuestros días), y en fin, «el orden y la actividad social á la sombra de la paz y la justicia.» que tal es la vida culta de las naciones, y no el febril hervidero de corrupción y escándalo y de todas las intrigas, caprichos y despotismos, aguijoneados por toda clase de aciagas pasiones.

Cuánto cueste la sucesiva y lenta elaboración de las obras humanas, y en especial de los políticos organismos

y formaciones históricas, no es fácil explicarlo; más á poco que un espíritu español considere en rápida ojeada lo que *hicieron y padecieron* tantas y tantas generaciones sobre este amado suelo, para establecer nuestro patrimonio hereditario, y constituir la agrupacion humana, la patria que nos dió el sér y á la que hemos de tributar honor y defensa, para llenar dentro de ella, y en armonía con la humanidad toda, nuestros destinos en la tierra, hallará sin duda la manera de avalorar tamaño tesoro, cuya pérdida entra sin esfuerzo en la categoría de las irreparables.

Un hombre aislado puede acaso desligarse de su patria, aunque de seguro elegirá otra adoptiva: pero «un pueblo sin patria,» es un mito, un absurdo imposible.

Si, como se intenta por ridículas teorías y ciegos y punibles propósitos, se lograra ir soltando ó rompiendo todos los vínculos sociales y desunir al hombre del centro de la familia, á la familia del centro de la patria, y lanzar patria y familia en confuso monton y acumulacion anárquica en el seno y torbellino de la disgregada humanidad, y apartar enseguida con delirio insensato de la mente de esta la idea de Dios, del corazon la fé, y de las costumbres el freno santo, probemos á imaginar lo que en tal caso acontecería.

En breves palabras se puede compendiar.

La patria, idea y sentimiento, encierra en sí entre delicadas y poderosas afecciones, el amor al suelo y á los reflejos del cielo en él, y la adhesion á la comunidad enlazada con vínculos morales y legales.

Suprimid lo primero: queda el pueblo *nómade* ó errante. Suprimid lo segundo: queda *la vida salvaje*.

Y tal es el infalible retroceso de las teorías dislocadas y trastornadoras, que brotan en los exaltados cerebros de soberbios incompetentes é incapaces. El oficio de sabio es el más ruín y peligroso, cuando se toma por asalto á merced de la andaz ignorancia, del ódio ciego, de la inquietud

frenética, ó del ronco grito y robusto puño del primer transeunte, que ansía hacer ruido por plazas y calles, ó gozarse en golpear y derribar cuanto existe. Nada hay que deba inspirar mayor repugnancia, que el proceder de aquellos, que revuelven con mano incompetente y ligera los más delicados y profundos problemas sociales, para conmover el espíritu de las masas y la paz del mundo, en son de una sabiduría, que ni siquiera han saludado. ¡Empíricos ó utopistas osados, dignos de aversion por sus proyectos, y del desprecio por su falsa ciencia, que cual vívoras venenosas inundan los campos de la civilizacion, y pican rabiosa y ciega-mente en todas las arterias y articulaciones del cuerpo social, para fraguar luego sin la menor prevision ni conciencia toda clase de experimentos: cual si la humanidad ó la patria fuesen el *alma vil* de sus desatentadas é inquietas maquinaciones.

No han nacido en España las doctrinas que hoy labran y descomponen á las sociedades; pero aunque tengan en otras partes sus turbios orígenes, ello es que á España vinieron, y en España se han desbordado las corrientes asoladoras que están devastando nuestra patria amada. Si pronto no resucitan en su integridad vigorosa las ideas y sentimientos fundamentales que rigen al mundo, no hay que esperar paz, justicia y orden en la sociedad, ni amor, respeto, libertad, dignidad y fecundo trabajo en los asociados; y despues de los inmensos desastres sufridos, Dios solo sabe la ruína y vergüenza que estaremos destinados á presenciar.

Con persistente empeño combátese en mal hora la *religion* que ensalza y vigoriza, se hiere la *justicia* y enflaquece la *autoridad*, se arrostran y provocan las *humillaciones* y abyeccion ante poderes extranjeros, se borran ó escarnecen las sencillas y serias *costumbres*, disuélvese torpe y maliciosamente el *ejército*, escudo y sancion de la vida civil y el honor patrio; y en vez de «sostener el ór-

den y la actividad social á la sombra de la paz y de las leyes, » entrégase al azar del caos y de la impunidad mas espantosa entre el incendio, asesinato, robo y libertinaje, » (1) cuanto hay mas puro y sagrado en las sociedades todavía no descompuestas en pura podredumbre, para ser barridas por el huracan de la tormenta: las vírgenes del Señor, los templos de su culto, los ministros guardadores de su doctrina, el santo y púdico albergue de la familia, la propiedad inviolable, las venerables canas, la cándida inocencia, la juventud inexperta, la pública enseñanza, el cívico decoro, todo lo que sirve á distinguir una sociedad decente de una agrupacion inmoral y depravada. ¡Qué ha de suceder! La patria, que con nacional orgullo daba sus pendones al viento por tierras y mares, coronada de glorias y virtudes, en tiempo de aquellos católicos reyes y eminentes patricios, representacion legítima de nobles y animosas generaciones, vé hoy con duelo y asombro volcados sus hijos en sañudas implacables contiendas, bañado su esclarecido suelo por abundantes regueros de la sangre de ellos, por ellos vertida, talados y encendidos montes y campos, y hundidas en el alga cenagosa de sus puertos por turbas amotinadas y sueltos presidiarios la bandera de sus heroicas naves, que ayer, gallardeando por los ámbitos de la tierra, hacian recordar en todas las playas el glorioso nombre del honor hispano y de la marina española.

A tal espectáculo anúblase el rostro; y al contemplar detenidas las fuentes de la prosperidad, y sueltos los elementos de esterminio, no puede ménos de esclamarse con angustia: ¡Señor, acudid á la patria española; inspirad á sus hijos leales; apartad de su frente la iniquidad y la vergüenza!

(1) Que fueron ya los lemas de La Bandera de Jerez. Véanse los números 13 y 15 de ésta Revista, páginas 497 y 587 del tomo I.

¡Se intenta deshacer la obra de los siglos, de las generaciones y de la Providencia!

Tal suicidio, por estúpido é insensato, es singular ciertamente; y jamás las edades lo presenciaron.

CÁRLOS MARÍA PERIER.

LA FE Y LA RAZON

Nuestra razon es un destello del sol divino, y en tal concepto ha realizado prodigios asombrosos, horadando las montañas, cruzando los desiertos, vogando por los ignotos mares, dando forma á la idea por medio de la imprenta, acortando las distancias por el telescopio, la locomotora y el telégrafo eléctrico, sujetando el espacio al compás y el tiempo al péndulo, arrancando á la nube el rayo y el fuego al cráter, encerrando la luz en una gota de aceite y en un grano de pólvora el estruendo de la tempestad, sumergiendo al hombre en el agua como el pez ó haciéndole volar por el aire como el ave.

Peró nuestra razon no es absoluta. Las ciencias naturales desconocen la esencia del calórico, del lumínico, de la electricidad y de otros cien agentes supra-químicos; apenas si pasan de sesenta los cuerpos simples que han descubierto; y no aciertan á descifrar el arcano que precede á la cristalización de los seres inorgánicos y á la vida de los organizados. Las ciencias exactas carecen de número para medir la duracion de la eternidad y la extension del infinito. La psicología no ha restuelto aun el problema del dolor. La fisiología busca en vano el antídoto de la muerte. Y la filosofía, no obstante sus titánicos esfuerzos, condensados allende el Pirineo en Proudhon y allende el Rhin en Krausse, ó ha concitado á la vez contra sí al individuo, que clamaba por su libertad, perdida en la omnipotencia del Estado, y á la humani-

dad, que clamaba por la justicia, perdida en el fatalismo de la naturaleza, ó ha llegado en sus delirios nihilistas hasta la negación del movimiento.

Y si en el concepto científico el yo humano, abandonado á sí propio, no ha podido crear un átomo de materia, ni dar á esta la ley más sencilla, mostrándose por lo general basado en hipótesis y sumido en misterios; si en el concepto de las costumbres, al proclamar la moral universal, independiente de toda religion, ha proclamado una moral empírica, hija de los instintos animales, fundamentada en lo transitorio de nuestros goces, que á nada obliga, que crece ó mengua como el astro de la noche, que varia segun las razas ó las latitudes; si en el concepto religioso, al suprimir á Dios ha suprimido el alma, y al suprimir el alma ha suprimido la conciencia, y al suprimir la conciencia se ha visto precisado á arrancar el cielo de nuestros ojos y la oracion de nuestros lábios, postrándose un dia ante la materia para al siguiente negarla, y al otro buscar en el suicidio un término á sus desvarios; si en el concepto político ha olvidado el deber por el derecho y desconocido la autoridad por la libertad, dando de sí en lo antiguo como en lo moderno tipos tan criminales y fanáticos como Catilina y Babeuf y constituyendo repúblicas que, pasando por los terroristas Marat, Danton y Robespierre, se rindieron exámenes ante las plantas de Bonaparte, como Roma, pasando por las sangrientas dictaduras de los Marios, Silas y Pompeyos, rindiéndose ante César; en el concepto social ha envenenado nuestra vida, enconado nuestras pasiones, perturbado nuestras inteligencias, contestando al gemir de las almas con el estruendo de los cañones, trasportándonos de los ensueños más paradisiacos, á las convulsiones más infernales.

¿Y todo esto qué nos prueba? Nos prueba que para que el progreso por la razon sea fecundo, es necesario que esta no se avergüence de su origen, reconociendo la única soberanía que la enaltece, léjos de deprimirla, pues que con su auxilio penetra los secretos de esa mística escala de esencias misteriosas, del infusorio al ángel, destinadas á estremecerse al sopro divino. Nos prueba que si en el reino animal solo el hombre se suicida, es porque solo él, por extravío de sus facultades, se atreve á renegar de su Hacedor. Nos prueba que si por la virtud ascendemos hasta la dies-

tra del Altísimo, por el vicio descendemos en castigo de nuestro crimen hasta más abajo de la plebe del universo. Nos prueba que la duda y el dolor, y por último la muerte, son otros tantos providenciales y constantes avisos de nuestra pequeñez y miseria, contra los cuales en vano nos rebelamos. Nos prueba que si Dios nos concedió la libertad de pensar y obrar para que fuésemos responsables de nuestras intenciones y de nuestros actos, *nos reveló á la vez el bien y el mal, la senda de la fé, «cuyo fin es la salud de las almas (1),»* y la de la razon, que sin brújula que señale su derrotero puede precipitarnos en el abismo más espantoso.

Negar un hecho porque aparentemente se muestre superior á nuestra conciencia, es ilógico. Caminando de noche acontece que confundimos los objetos, pareciéndonos hombres los árboles. Sin embargo ¿dejará por eso el arbol de ser arbol? No. Porque la verdad no deja de ser tal por desconocerla ó negarla la ofuscacion de nuestras facultades. La de discernir, que nos trasforma en reyes de la creacion, remóntase con acierto á las mayores alturas cuantas veces funciona exenta de las malas pasiones. No de otro modo el célebre Maine de Birán, no tanto en alas de su genio cuanto de su buena fé, llegó al cabo de treinta años de inducciones, de movimiento ascendente, á penetrar los misterios del espiritualismo cristiano. Pero si sus especulaciones filosóficas no hubiesen obtenido este éxito, como no le obtuvieron las de sus compañeros los partidarios de las escuelas escocesa y ecléctica; ¿hubiérase deducido de ello la razon del materialismo, que todos de consuno se proponian combatir?

Nuestra personalidad física aseméjase á máquina de vapor ó pila eléctrica, resultado complejo de fenómenos naturales, mas ó menos grandiosos. Sin embargo, en nosotros hay una cosa, que no es el vapor, ni la máquina, la electricidad, ni la pila, causa activa, unidad armónica, sustancia inmortal, cuyo mundo de accion en modo alguno debemos comparar con este otro, que á penas si toscamente perciben los sentidos. Que el hombre no es un principio, sino un hecho, contingente, finito, mudable, cuya existencia ó no existencia en nada altera la excelsa economía de lo su-

(1) Epist. I de San Pedro, i., 9.

prasensible, ofrécesenos de una manera, no instintiva y abstracta, sino racional y categórica. ¿Qué poderío es este, que comienza por no haberse creado á sí propio y que cuanto mas orgulloso pretende mostrarse dejenera en mas incapaz, rodeado de fantasmas y sumido en delirios? Y aun admitido el concepto de Kant contra aquellos escépticos, que, teniendo por impotente la razon é ilusoria la fé, concluyeron por no creer en nada, ¿quién en el terreno de la realidad, de la práctica, se abroga el derecho de que su juicio predomine sobre los demas? Esto sería tiránico. ¿Invocaremos el criterio del mayor número? Antepondríamos entonces la soberanía popular á la justicia. ¿Subsistirá de por sí cada raciocinio, no obstante la multiplicidad de apreciaciones? Resultaria de ello la confusion mas espantosa. Necesitamos, pues, buscar *á priori* ó *á posteriori*, por deduccion ó induccion, un símbolo comun, que nos sirva de punto de partida y regla de conducta, á menos que no pretendamos perdernos en el caos de la negacion ó de la duda. Y es que si, apoyados en los motivos de credibilidad, meditamos, inquirimos, luchamos, avanzando en el trascurso de los siglos, caminando siempre á modo de Judio Errante hácia un nebuloso mas allá, prueba incontestable de gloria perdida; cuando la inmensidad y la eternidad detienen nuestro paso, cuando el firmamento nos recuerda nuestra pequeñez y el sepulcro nuestra inestabilidad, cuando nos miramos convertidos en microscópica célula del cosmos, condenados á morir desde el instante mismo en que nos alienta el seno de nuestra madre, semejante nuestra vida á la de un reo en capilla, cuya fatal sentencia está incesantemente resonando en los oidos; sobrecójenos la fatiga, desalientanos el cansancio, y, vacilante el cielo á nuestros ojos, temblorosa la tierra á nuestras plantas, no hallamos otro medio de salvacion que el de acojernos á la nave, en que vogaron todos los creyentes y al amparo de cuyas velas sonrie dichosa nuestra alma.

Proscribir la fé es absurdo. La fé anima nuestro espíritu, como el ambiente nuestro cuerpo. La vida ha menester tanto del corazon como del cerebro. Necesitamos pensar y orar, razonar y sentir. Si nos es grata la existencia consiste en que hay una virtud que la perfuma. Si el mundo marcha consiste en que hay una Providencia que vela por él y le impulsa. Ocupándose en el don espiritual, denominado por San Pablo «sustancia de las cosas

que se esperan (1),» y por San Juan «victoria que vence al mundo (2),» expuso el incrédulo Voltaire esta confesion importantísima: «Al ver los maravillosos progresos de la razon, desde la predicacion del Evangelio, bien podeis considerar á la fé como aliada, que debe venir en vuestra ayuda, no como enemigo á quien es preciso combatir.» Y no hace mucho que en una carta, dirigida á Edgardo Quinet, protestaba el revolucionario Mazzini de esta generacion, «que no tiene fé, sino opiniones.» Solamente los murciélagos, que aman la fealdad de las tinieblas, odian la hermosura de la luz, que descende de las alturas. Solamente los ángeles caidos, sectarios de la reaccion más infernal, maldicen de la que ha sido y será nuestra guía «hasta que, como escribí profundamente el Apóstol de las gentes, lleguemos en la unidad de la fé y del conocimiento del Hijo de Dios á varon perfecto, segun la medida de la edad cumplida de Cristo, para que no seamos ya niños fluctuantes y nos dejemos traer en rededor de todo viento de doctrina por la malignidad de los hombres, que engañan con astucia en error; ántes, siguiendo verdad en caridad, crezcamos en todas las cosas en Aquel, que es la cabeza, Cristo (3).»

Si es hecho tangible que el hombre no se satisface con los placeres terrenales, ni se contenta con hipótesis rudimentarias; si la belleza plástica del Apolo del Belvedere y las ecuaciones algebraícas de Newton, dejan en él un vacío, que solo puede llenar cierto más allá, impenetrable á nuestra vista; admiremos nuestros adelantos como lo que son en sí, destellos de aquel sol, increado y eterno, cuya inmensidad no cabe en los límites de nuestra inteligencia, reconociendo que lo experimental, lo categórico, es la observacion de que el efecto supone causa, legislador la ley, motor el movimiento, lo relativo lo absoluto, lo autonómico lo heteronómico y lo inmanente lo trascendental, ó, lo que es lo mismo, que la existencia del hombre supone la de Dios, cuyas relaciones armónicas forman el todo unisono, en que se desenvuelven la religion y la moral, el arte y la ciencia. Seamos humildes y seremos sabios, *ubi humilitas, ibi sapientia*, convencidos

(1) Epist. á los hebreos, xi, 1.

(2) Epist. tercera, v, 4.

(3) Epist. á los efesios, iv, 13-15.

de que las grandes catástrofes de la humanidad, desde la primera y mayor de ellas en el Eden, no han reconocido otra causa que el terrible «Sereis como dioses» de la serpiente maldita.

Se habla contra la fé y sin ella no hay adelanto alguno, ni heroismo, ni amor, ni gloria; la tierra seria un vasto desierto, y la vida un gemido. ¿Quién impulsó la voluntad de Colon en las soledades del Océano? Su fé en el descubrimiento de las islas Occidentales. ¿Quién alentó el corazon de Padilla en lo más rudo del combate? Su fé en la libertad de su patria. ¿Quién inflamó el cerebro de Milton, ciego y pobre, olvidado y desatendido? Su fé en la inmortalidad por el arte. Si confiamos á un amigo nuestros secretos, si depositamos en él nuestros ahorros, es por que confiamos en que no ha de abusar de nosotros. Por eso la pérdida de la fé, aun en las cosas mas triviales, lacera el corazon en su fibra mas delicada. ¿Cuánto no le lacerará si dicha pérdida se refiere á las verdades absolutas!

Léjos de entregarnos á la duda, «semejante á la ola del mar, cuando la mueve el viento y la trae de acá para allá,» segun la bella frase de Santiago el Menor (1), «juntemos á nuestra fé virtud y á la virtud ciencia,» como dice sabiamente San Pedro (2); ciencia tan distante del misticismo infantil, denominado panteismo, que á imitacion de los antiguos cultos gentílicos convierte en divinidades hasta los reptiles, como del materialismo grosero, que en artes predica la muerte de lo ideal, en crítica la propaganda de la nada, en moral el amor libre, en economía un colectivismo ridículo y en política la tiranía del mas fuerte, sumiéndonos en una oscura noche, al través de cuyas sombras ni siquiera se vislumbra una estrella, que nos permita gozar de la poesía de las ruinas.

Pero no nos intimidemos. Nuestro siglo es un siglo de reconstitucion general y debe cumplir su destino. Las leyes del mundo psicológico se asemejan á las del físico. El progreso del espíritu ha menester tiempo en sus elaboraciones como el de la materia. Las formaciones naturales no se operan espontáneamente, sino con lentitud, obedeciendo á las leyes de la simetria, resultante

(1) Epist. de Sant., 1, 6.

(2) Epist. II de San Pedro, 1, 5.

de las acciones moleculares. Dios ha señalado á cada momento histórico su línea, de la cual no nos es dado alejarnos en direccion retrógrada ó progresiva. Porque si la fruta verde se resiste al estómago, si la pasada es pasto de gusanos, el propio peso de la madura hace que descienda á nuestras manos.

Un hombre pensador, tal vez desatendido de sus contemporáneos, lanza desde el retiro de su gabinete una teoría, que acojen unos cuantos, y cuyo círculo al ensancharse va formando más ó ménos tarde lo que se llama opinión pública. Si la teoría es infécunda, en sí propia lleva el germen de su muerte: planta enfermiza, abrirá sus pétalos á la primera sonrisa de la aurora para deshojarse á la primera mirada del sol. Si no, toda resistencia es inútil, demas de peligrosa: grano de mostaza destinado á sobrepujar al más alto cedro del Líbano, desafiará el poder del huracán. Y es que aun las ideas más utópicas se repelen con ideas, con preferencia á la fuerza bruta. A escritos, escritos; á discursos, discursos. De otra suerte, acumulado el fluido eléctrico, estalla la tormenta, cuyas aguas no solo llegan, sino que rebasan el punto objetivo; exceso de avance que, provocando el retroceso, hace que éste á su vez traspase su blanco, hasta que por encima de individualidades, partidos, escuelas é instituciones, se restablece el equilibrio, subsistiendo lo que debe subsistir, lo que tiene razon de ser, á la manera que subsiste el limo, abono del delta, como benéfico recuerdo de las inundaciones del Nilo.

Alcanzamos una época de transición, de lucha sin igual, de combate rudísimo. Librase la mas formidable batalla, que se libró jamás entre los dos grandes sistemas, que se han disputado en todas épocas el dominio de la sociedad, entre el naturalismo, que parte de la autonomía, de la inmanencia, esto es, del hombre, y el supranaturalismo, que parte de la heteronomía, del trascendentalismo, esto es, de Dios, foco de toda ciencia, principio de todo bien, fuente de todo derecho, origen de toda autoridad y razon de todos los fenómenos, así físicos como psicológicos. Sin embargo, lo que de suyo es invencible vencerá, resultando tanto mas purificado y brillante cuanto mayor sea la temperatura del crisol, á que se le sujete. Dios entregó el mundo á las contiendas de la humanidad y cuanto mayores sean los obstáculos que se nos opongan, mayor será el mérito de nuestro triunfo.

¿Há de brillar menos el oro de la verdad que el oropel de la apariencia? ¿No anunció Salomón «que la fuente de la sabiduría es el Verbo de Dios y su entrada los mandamientos eternos (1)?» ¿No nos habló ya San Juan, en sus revelaciones de lo porvenir, «de la gran ramera con el vino de cuya prostitucion se embriagarían los moradores de la tierra y la cual concluirá por ser aborrecida y quemada, porque es fuerte el Dios que la juzgará (2)?» ¿No nos dice Jesucristo que estará con nosotros hasta el fin de las edades, y que faltarán el cielo y la tierra, mas no su palabra? Pues repítamos hoy como nunca á los que vacilen: «¿Todavía no teneis fé?» Y hoy como nunca digamos al contemplar á nuestros enemigos: «Perdónalos, Señor, que no saben lo que se hacen.»

Despues de todo, las futuras generaciones no podrán menos de reirse de ciertas impiedades del siglo XIX, como nosotros nos reimos de otras de los tres últimos siglos. ¿No es en verdad chistoso negar á Dios, por su esencia absoluta, y otorgar esta condicion al hombre, sér relativo? ¿A quién no maravilla ver que los más vocingleros incrédulos, los grandes maestros del descreimiento, cuando se sienten amenazados del peligro, son los primeros en retractarse de hecho ó de palabra de las doctrinas, con que envenenaron tantos corazones inocentes? ¿Quién no recuerda á Voltaire, confesando la divinidad del Crucificado desde el lecho de la agonía; á Rousseau, lastimado por la desgracia, proclamar «que si la muerte de Sócrates fué la de un justo, la de Jesús fué la de un Dios;» á Montaigne, pidiendo remedio á su enfermedad ante los altares de Nuestra Señora de París; y á Volney, rezando un *Ave María* cuando se creía próximo á naufragar en las aguas de Baltimore? ¿Quién no recuerda á Robespierre invocando como necesidad suprema la idea de Dios, y á Michelet besando con amor la cruz de madera que se eleva en el centro del Coliseo?

Exentos de preocupaciones, seamos intransigentes respecto de la pureza del dogma, pero tolerantes con las almas que por su desgracia le desconozcan, cautivadas por esa logomaquia declamatoria, insustancial, sofística, envuelta en absurdos y acompañada de blasfemias. No pidamos contra ellas fuego del cielo que las

(1) *Eclesiástico*, I, 5.

(2) *Apocalipsis*, XVII, 1, 2 y 16. y XVII, 8.

consume, sino misericordia que las redima y luz que las ilumine. considerando que la idea cristiana descendió en alas de la fé y de la caridad, no de la fuerza, y que Jesucristo, víctima de la intolerancia farisaica, selló con su preciosísima sangre el santuario de la conciencia. «Amemos á los hombres y combatamos sus errores, discutiendo sin sevicia por la verdad,» dice San Agustin: *Diligite homines; interficite errores; sine sevilia pro veritate certatur.*

Ajenos á vanidades ridiculas, comprendamos que entre la libertad, que al estruendo de inconsciente muchedumbre ensalza lo que halaga sus pasiones y combate lo que las doma, y la libertad, basada en la verdad, que santifica todos los derechos, sin olvidar uno sólo de los deberes, que son su complemento armónico; entre la igualdad, que pretende realizar sus sueños de nivelacion cortando incesantemente las cabezas que sobresalen, y la igualdad, que nos convierte á todos en hijos de un mismo Padre en el cielo y de nuestras obras en la tierra; entre la fraternidad, representada por esa mistificacion, denominada filantropia, que busca el aplauso del mundo, cuando no el medro personal, y aquella otra virtud, pura, elevada, que se fundamenta en el amor llevado hasta el martirio y que manda «que la mano izquierda no sepa lo que hace la derecha;» hay tanta distancia como lo que existe entre lo imperfecto y lo perfecto, entre lo finito y lo infinito, entre lo perecedero y lo eterno.

Y, confiados en la promesa celestial, creyendo en ella, no por fantasía y abstraccion, sino por los fallos irrecusables y procedimientos ineludibles de la razon misma, subamos con segura planta la cumbre del Calvario en busca de aquella santa enseña, á cuya advocacion fueron proscritas las hecatombes de la tiranía y las orgias del sensualismo, para descansar bajo sus brazos de las penalidades de este valle de lágrimas y disponernos, con la tranquilidad del justo, á penetrar por los umbrales de la muerte en el seno de la vida futura.

ABDON DE PAZ.

CARTAS Á UN OBRERO

CARTA DÉCIMA CUARTA

Apreciable Juan: Vamos á tratar hoy de la *asociacion*, es decir, de la cosa mas importante de cuantas podemos analizar y discutir, al procurar que el hombre dé á sus esfuerzos la direccion mas conveniente para utilizarlos mejor. Cuando digo *esfuerzos*, cuenta con que no hablo de los fisicos solamente.

El hombre puede asociarse, y se asocia, para superar una dificultad material, y para hacer triunfar una idea; para despachar mejor sus productos, ó para adquirir con mas ventaja los que necesita; para vencer un obstáculo, y para resistir un impulso; para fortalecer su abnegacion, ó para reforzar su egoismo, y en fin, para el bien ó para el mal.

Ante todo, es preciso que te formes una idea clara, que probablemente no tendrás, de lo que es *asociacion*: la confusion en esta materia, trae consecuencias mas fatales de lo que imaginas.

Habrás oido decir y repetir, que la sociedad es una gran asociacion de seguros mútuos, lo cual es un error que conviene mucho desvanecer:

La asociacion verdadera, fecunda, la que puede utilizar mejor los esfuerzos del hombre, á la que se le piden y de la que se esperan grandes resultados, necesita estas cuatro condiciones.

Libertad.

Facultad de admitir ó rechazar asociados.

Organizacion.

Unidad de objeto.

Sirvámolos de un ejemplo.

Primero. Eres oficial de carpintero; crees que el maestro te explota; y determinas asociarte con otros para poner un taller por vuestra cuenta, y repartiros las ganancias íntegras. Ya comprendes que lo primero que necesitas es *libertad*, porque si tus compañeros te cogen por fuerza, y por fuerza te hacen trabajar, y por fuerza te obligan á tomar un salario, ó te privan de él, ó tú haces lo mismo con ellos por medios violentos, en vez de *asociacion* hay *esclavitud*; el esclavo, en efecto, trabaja por fuerza, y por

fuerza acepta las condiciones que le imponen: la primera de toda asociacion, es *la libertad*; esto, Juan, me parece evidente: te asocias porque crees que te conviene; tu determinacion es libre; si no lo fuere, te lo repito, de *asociado* te convertirias en *esclavo*.

Segundo. Una vez asociado libremente con tus compañeros para trabajar del modo que sea mas ventajoso, fijais las condiciones que han de tener los que han de formar parte de vuestra asociacion, porque tratando de hacer mesas, puertas ó armarios, no podeis admitir á los curtidores ó picapedreros; tienen que *saber* vuestro oficio, y además tienen que *querer* trabajar en él, segun lo determineis, porque si unos asociados se van á paseo ó á la taberna, á las horas en que los otros trabajan, la holgazanería explotará la laboriosidad, y el objeto de la asociacion será imposible. La segunda condicion es tan indispensable como la primera: es necesaria la facultad de cerrar las puertas del taller á los que no saben ó no quieren trabajar.

Tercero. Para declarar los que son ó no aptos, los que son ó no holgazanes; para retribuir á cada uno segun la calidad y cantidad de su obra; para comprar las primeras materias, procurar y realizar las ventas, dirigir la fabricacion, llevar las cuentas, etc., etc., preciso es que se establezcan reglas; que se nombren las personas que han de encargarse de las diversas ocupaciones; que ordenadamente se desempeñen los diferentes trabajos; en fin, que haya *organizacion*. Si nadie quiere encargarse de las cuentas, ó si quieren echarlas todos; si nadie quiere hacer las compras, ó si todos quieren comprar; si alternas en fin caprichosamente, de modo que ninguno sea inteligente en nada ni responsable de cosa alguna, el taller, imágen del caos, no podrá prosperar, ni instalarse siquiera.

Cuarto. Los asociados se han de proponer el mismo objeto; porque si unos quieren hacer obras de carpintería, otros efectos militares; estos forman una cofradía para celebrar con pompa una funcion religiosa, aquellos arman un motin para intimidar á los capitalistas; no habrá acuerdo, ni armonía: cada uno querrá arrastrar á los otros en la direccion que lleva; hallará en vez de auxiliares, resistencias; y las fuerzas, en vez de multiplicarse, se resstarán, si acaso no se destruyen del todo.

Siendo pues las cuatro circunstancias dichas, indispensables

para toda asociacion que merezca este nombre, podremos definir-la de este modo:

ASOCIACION: *Reunion libre de esfuerzos ordenados entre personas que mutuamente se aceptan y se proponen el mismo objeto.*

Si esta definicion es cierta, la sociedad está muy léjos de ser una asociacion como te han dicho.

La reunion no es libre: ni tú, ni yó, ni ningun español, hemos tenido libertad para no nacer en España. Nos encontramos, pues, *forzosamente* asociados con muchos millones de personas, que no piensan, ni sienten, ni obran como nosotros, y tenemos que sufrir las consecuencias de ideas y acciones que no son las nuestras. El hombre laborioso y probo, que nace en un pais en que estas virtudes son raras, padece por el resultado de los vicios opuestos. Se dirá que puede emigrar; pero esta posibilidad, que para un individuo será tal vez cierta, para la masa total es ilusoria, y aunque no lo fuera, á la nueva patria que eligiese llevaria, de aquella en que ha nacido, hábitos, ideas, disposiciones, tal vez organizacion de que no se puede desprender, y que influye poderosamente en toda la vida. En la sociedad, pues, la asociacion no es libre.

Tampoco se establece entre personas *que se aceptan mutuamente*. El holgazan, el vicioso, el criminal, la prostituta, forman parte de la sociedad, influyen en ella, la extravian, la envenenan, la ensangrientan; no hay medio de eliminarlos, y aun cuando su compañía no se acepte, su influencia se sufre.

El objeto de los que viven en sociedad no es el mismo. Uno se propone hacer puertas para dar seguridad, otro buscar medios de abrirlas para que nadie esté seguro. Uno estudia para neutralizar los efectos del veneno, otro para envenenar. Uno trata de dar garantías para que la moneda sea de buena ley, otro fabrica moneda falsa. Uno escribe un libro para elevar el espíritu, otro publica una obra que le degrada. Uno medita leyes sábias, otro calcula cómo las infringirá impunemente. Uno se esfuerza en despertar los nobles sentimientos, otro se ingénia para explotar los malos. Uno arriesga la vida para salvar al que está en peligro; otro mata por robar. Uno muere en el altar del sacrificio, otro de las consecuencias de la orgía. Uno lo refiere todo á sí mismo, otro no vive sino en los demás y para los demás. La circunstancia

indispensable de proponerse el mismo objeto, está pues muy lejos de llenarse por los individuos que componen la sociedad, como sería necesario para que esta fuera una asociación.

Hay más. Aun los que se proponen el mismo objeto, varían tanto en los medios de realizarle, que á veces se hacen guerra, y encarnizada, sobre cuáles deben adoptarse ó excluirse.

No es esto decir que todo en la sociedad sea hostilidad y antagonismo, y que nadie se proponga igual fin y por idénticos medios; no. Si tal sucediese, la sociedad sería imposible; su existencia depende de sus elementos armónicos, de sus movimientos encaminados al mismo objeto; sus males resultan del desacuerdo y la falta de armonía, que produce la perturbacion en la region de las ideas y la pérdida de fuerza en el órden material. Nos serviremos de un ejemplo para comprenderlo mejor.

Hay un criminal, un ladrón. Da mal ejemplo á todos los que conocen su perversidad: afije á todos sus parientes que no participan de ella; arrastra por su mal camino á sus cómplices; hace vacilar y perturba las conciencias poco firmes; agita los ánimos por el terror que inspira. Esto en el órden moral. En el material: aumento de gastos para dar seguridad á las viviendas; para sostener cárceles, presidios, tribunales y guardia civil. De manera que el hombre que se propone un fin culpable, anti-social, no solo no contribuye con su trabajo al trabajo comun, sino que obliga á distraer una parte de la fuerza social para contenerle. El ladrón, y el guardia civil que le persigue, en vez de ser cuatro brazos que trabajan para el fondo comun, se emplean en combatirse; y á todo lo que aspira, y que se consigue rara vez, es á que sus fuerzas se neutralicen, á que el uno contenga al otro de modo que no haga daño.

Supon que hay en la obra social cien operarios; cinco se separan de ella para robar; hay que separar á otros cinco que contengan á los ladrones; total, diez hombres menos que trabajen, y un décimo de disminucion en el producto, con un aumento en el gasto, porque el hombre de combate, cuesta más que el hombre de trabajo.

En los que se separan de los fines sociales por otros caminos, el daño podrá ser ménos palpable que el causado por el ladrón, pero no ménos cierto, y es mucho más general. Toda mala ac-

cion necesita una cantidad de fuerza para combatirla, ó si se la deja sin correctivo, produce un estrago proporcionado á su malicia. La sociedad está llena de engañadores de todas clases y categorías, desde el orador que te miente para conquistar poder ó popularidad, hasta la mujer que te engaña vendiendo piñones ó naranjas por sacar dos cuartos más. En todas las profesiones y en todos los oficios, hay hombres dispuestos á no reparar en medios para conseguir su fin, que es medrar; y para que no te engañen, tienes que emplear cierta cantidad de fuerza, y si te han engañado, has perdido cierta cantidad de trabajo. Aun en las acciones no castigadas por la ley ni calificadas por la mayor parte de las gentes como moralmente malas, la falta de buena fé, y por consiguiente de armonía, da por resultado la destruccion de fuerzas que debian ir íntegras al fondo comun. Vas á comprar un objeto cualquiera, y para que no te engañen tienes que andar muchas tiendas, á fin de ponerte al corriente de los precios, y regatear, y marcharte, y volver. Tú pierdes trabajo al comprar; y el que vende al vender, porque los muchos que entran y salen sin llevar nada y se detienen regateando, hacen necesario mayor número de dependientes.

Verás, pues, á poco que observes, que la sociedad se compone de armonías y desacuerdos; que tiene dos corrientes, una que va en el mismo sentido, y otra que se le opone, retarda, y á veces trastorna su marcha. En tí mismo puedes observar que en tus negocios, en tu trabajo, en tus goces, en tus desgracias, en tu vida en fin, hallas auxilios y obstáculos, que no vienen de las cosas sino de los hombres; te ves favorecido en tus movimientos, ó contrariado en ellos; hallas compañeros por tu camino, ó gente que te sale al paso y le dificulta. Repito que la suma de los que favorecen tus movimientos es mayor que la de los que á ellos se oponen; de otro modo no podrias marchar, ni la sociedad, que se compone de individualidades como tú, tampoco; pero, puesto que no todos reunen voluntariamente sus esfuerzos y los emplean ordenadamente para conseguir el mismo fin, ni pueden excluir á los que no les convengan, la sociedad no es una asociacion, ni los conciudadanos son consócios.

El ideal de la sociedad sería que fuese asociacion; y ya que llegar á él no sea dado, debemos trabajar para aproximarnos

cuanto sea dado, multiplicando las asociaciones, de modo que queden fuera de ellas el menor número de ciudadanos posible. La sociedad más perfecta es aquella en que más hombres libremente se armonizan y armónicamente marchan; la sociedad más defectuosa es aquella en que más hombres marchan en diferente sentido, haciendo prevalecer su individualidad egoísta é ininteligente, poniéndose en desacuerdo con los demás, sirviendo de obstáculo donde quiera, y hallándolos en todas partes.

Los resultados de la asociación no son únicamente económicos, materiales, como has creído; sus principales ventajas son morales, y dan armonías del espíritu, las que parecían nada más que combinaciones del interés.

Eres propietario de una casa; no hay seguros contra incendios; tu interés está en que se quemen muchas casas, porque es caseando las habitaciones valdrá más la tuya: y como en la mayoría de los hombres, la corriente del interés es la más fuerte, si no eres bastante malo para pegar fuego á los edificios que te hacen competencia, no serás tampoco bastante bueno para sentir que ardan cuando en ello está tu provecho; y he aquí tu moralidad constantemente socabada por tu interés, y tú en hostilidad con todos los propietarios, y deseando su mal, que es tu bien.

Pero viene la asociación; formais una compañía de seguros mútuos: si arde tu casa, todos contribuyen á reedificarla; si se quema la del vecino, das tu parte para que se levante: todos estais interesados en el bien de todos, nadie hay que no sufra del daño de cada uno, y por consiguiente, sin heroicidad, sin esfuerzo, por el propio interés, nadie desea ni se alegra del mal de otro.

Eres armador, tienes un buque, y le destinás á traer canela de Ceilan. Estás interesado en que naufraguen todos los que hacen igual comercio, para vender tú mercancías á subidísimo precio. Es horroroso, pero es posible que te alegres de las catástrofes, que, dejando á muchas madres sin hijos y á muchos hijos sin padre, aumentan tu peculio.

Llega la asociación de seguros marítimos; tienes que contribuir á indemnizar el valor de cada buque que se pierde; estás interesado en que todos lleguen á puerto seguro, y cuando alguno perece, acompañas sinceramente en su dolor á las familias de los que han perecido.

Eres oficial de carpintero, están interesado en que enfermen los de tu mismo oficio; cuantos menos seais, os pagarán mejor; si sois muy pocos, dareis la ley.

Se organiza una asociacion para auxiliarnos mutuamente en caso de enfermedad; todos ganais en la salud de todos; sientes el mal de tus compañeros cuando están enfermos, y te alegras cuando se restablecen, como si fueras su pariente y allegado.

Ya ves que de la organizacion de las casas materiales ha resultado una transformacion del egoismo; que la asociacion de los capitales y de los esfuerzos, ha traído la de los sentimientos; que las armonías económicas son armonías del alma; y que el *interés bien entendido* se convierte en *fraternidad*. Esto no son aspiraciones vagas, esperanzas ilusorias, sueños de la imaginacion ó del buen deseo: esto son realidades evidentes; consecuencias indefectibles, conclusiones científicas y absolutamente exactas.

Cuando la gran mayoría de los hombres de todos los países se asocien para realizar los altos fines de la vida, lo mismo que para proveer á las necesidades materiales, la fraternidad será un hecho.

Las compañías de seguros serán universales, toda la tierra contribuirá á reparar la calamidad que aflige la comarca mas remota, los pueblos tendrán intereses *armónicos* y no *encontrados*; el mal hecho á los hombres de cualquiera region repercutirá en los antípodas; el arte de hacer bien á su país haciendo mal á los otros, será una abominacion impracticable, la guerra no será posible; y la palabra *extranjero*, que queria decir *enemigo* en el mundo que pasó, en las sociedades futuras significará *consocio*, *hermano*.

Este será el resultado de la asociacion; ella disminuirá cuanto sea posible el número de maldades, y por consiguiente de dolores; ella trasformará el globo, que ha enpezado á trasformar ya. Los capitales de todo el mundo han contribuido á perforar el Istmo de Suez; las manos de todas las naciones han auxiliado á los heridos de las últimas batallas; y llegará un dia en que el dolor de un pueblo se llorará en toda la tierra. Tengamos, Juan, esta bendita y razonable esperanza; leguémosla á nuestros hijos como una divina herencia; no temanos que llamen sueño á nuestra conviccion, porque vendrá un dia en que se realice, y un siglo que dirá: *Tenian razon aquellos perseverantes soñadores.*

CONCEPCION ARENAL.

SECCION HISTÓRICA



EPISODIO DE LOS SUCESOS DE SAN FERNANDO

Aunque no pueden sin horror leerse, consignamos aquí los hechos que refiere una carta de Cádiz relativos á la ocupacion de la ciudad de San Fernando por los insurrectos de Salvoechea.

«En el colegio naval de San Fernando han sido tan valientes los federales, que, no pudiendo con los vivos, se han ensañado con los muertos, profanando y escarneciendo el cadáver de Valdés (héroe de Trafalgar), á quien sacaron de su lecho de piedra en el panteon de marineros ilustres, acribillándolo á balazos (segun se dice) y destruyendo su sepulcro. Lo cierto es que la calavera anda por un lado y los restos por otro.

El retrato de Hernan-Cortés (único tal vez en España), los del marqués de Rosario, Mendez-Núñez, general Rodriguez Arias (padre del actual capitán general del departamento), Ulloa, etc., todos, en fin, los que han sido la honra de España, han sido destrozados á navajazos por los que se dicen amantes de las glorias nacionales.

Los archivos, que contenian importantes documentos relativos á las glorias de nuestra marina, completamente destrozados.

Los muebles, relojes, planos, etc., que habia en el colegio, rotos á culatazos, exceptuando los muchos robados y que se van encontrando en los caserios.

La iglesia del colegio naval, saqueada; robadas las alhajas de la Virgen del Rosario, el copon y cálices; destrozados á navajazos los ornamentos de iglesia; el camarín de seda de la Virgen, hecho trizas, lo mismo que la bandera antigua del primer regimiento de infantería de marina, así como otra de Lepanto; en fin, todas las obras de arte que contenia el colegio robadas ó destrozadas, y aunque el daño de las balas ha sido bastante en la fachada del colegio, no llega á ser una milésima parte de lo que esta gavilla de desalmados ha hecho.

En el cuartel de infantería de marina ha sucedido una cosa análoga: robado todo el vestuario y equipo de la tropa, lo mismo que todo lo que encontraron de familias de oficiales, tanto de ropas como de alhajas: en fin, por no cansar á V., en el cuartel de San Carlos (usando de una frase vulgar) no han dejado ni los clavos.

La iglesia castrense de la poblacion tambien ha sido profanada, cometiéndose allí toda clase de excesos, convirtiéndola en cuadra, y el Sagrario ¡doler y espanto causa decirlo! ha sido escarnecido hasta el punto de convertirlo en lugar comun.

La pila del agua bendita la convirtieron en pesebre, atando á ella un burro, y para hacer más befa de la religion, llevaron á la fuerza á las mujeres y familias de oficiales para que presenciaran aquella brutal orgia.»

Tal ha sido el carácter moral y social de ese movimiento verdaderamente *internacionalista*, lo mismo en Cádiz que en San Fernando, Sevilla, Málaga, Sanlúcar, Granada, Valencia, Alcoy, Cartagena, y ántes, en época reciente, en Jerez, Montilla y Barcelona.

Véase qué camino llevan los modernos agitadores de impulsar á las sociedades por el camino de la civilizacion.

SUCESOS DE CADIZ

Nuestros lectores saben cuántos despojos y atropellos se han cometido en Cádiz con motivo de la insurreccion socialista federal: monjas violentamente expulsadas de sus propias casas, conventos derribados, saqueos, ocupacion de los caudales del municipio, y de los particulares por medio de exacciones arbitrarias; de todo se ha visto. Se han sufrido allí, en fin, los crímenes que en Málaga y otros puntos.

El Obispo de la diócesis alzó su voz en defensa de los objetos sagrados puestos especialmente al cargo y bajo la proteccion de su ministerio; y hé aquí el documento en que consignó el claro derecho, que era conculcado por los nuevos tiranos, perseguidores de la Iglesia y de la sociedad.

Obispado de Cádiz

Aunque hasta hoy no he tenido la honra de dirigirme á esa ilustre Corporacion por mí, sino por el representante de mi dignidad episcopal, que más de una vez, y con el celo católico que lo distingue, ha reclamado contra los actos consumados en esa ciudad por orden ó acuerdo de ese Municipio, ya creo llegada la hora de mani-

festar al mismo que, conforme en un todo con lo dicho y escrito por el citado Gobernador, no puedo por ménos que reclamar contra los hechos que han tenido lugar en la capital de mi diócesis contra templos, expulsion de religiosas, derribo de imágenes y extraccion de cuadros, sancionando con toda la fuerza que me da el derecho las protestas realizadas por aquel, y reprobando á la vez cuanto se ha llevado á cabo de dos meses á esta parte.

En la conciencia de esa respetable Corporacion, como en la de todos los que escuchan su imperiosa voz, se registra y lee con imparcialidad. «El Obispo católico está fuertemente obligado á sostener y defender cuanto en calidad de tal se le ha confiado, y, á no hacerlo, faltaria no sólo á los ojos de Dios, sino á los del mismo mundo.»

Las iglesias, los monasterios, los objetos todos del culto católico fueron, son y serán del dominio peculiar de la Iglesia de Jesucristo, como con menos fundamento pertenecen á los ministros de otros cultos los objetos á ellos consagrados, sin que los poderes ó Gobiernos que á las falsas creencias pertenecen, intenten alterar esa pacífica posesion.

Yo no soy el amo ó dueño de Candelaria ni del monasterio de religiosas adjunto, ni de los otros dos templos de San Fernando y la Merced, ni tampoco lo soy de los demás objetos del culto, pero soy depositario, administrador y custodio á nombre de la Iglesia; y sin renegar del derecho divino, del natural, del positivo eclesiástico que en aquellos se funda, y aun del vigente derecho civil consignado en la Constitucion de la nacion española, no puedo ni franquear sus puertas, ni entregar sus llaves, ni dejar de clamar, exponer, rogar y protestar, sin incurrir en las penas fulminadas por la Iglesia misma contra los prelados que se presten á esos despojos. Estas son mis armas, mis escudos de defensa y los muros que cercan los alcázares del Dios y Señor de los ejércitos; de estas he usado hasta aquí, y de estas usaré siempre con la lenidad de mi ministerio.

La verdad sea dicha, no pensé jamás que hubiera de valerme de esas armas de mansedumbre con el actual municipio, del cual esperaré siempre que por lo ménos dispensase á todos los objetos de nuestro culto una proteccion negativa, dejándonos en tranquila posesion de lo único que nos ha quedado, sin que se propusiese añadir afliccion al afligido, esto es, que sobre el estado de miseria á que hemos quedado reducidos se agravase nuestra situacion con esas escenas angustiosas y atormentadoras para todo corazon católico, cuanto más para el de un Obispo. Los actos y escenas que ya pasaron, y tuvieron lugar en Diciembre de 1868, y aun con posterioridad, me hicieron concebir esta esperanza. Siento en el alma verla frustrada; esta es la condicion de los sucesos humanos; pero no por

esto desisto, ni de amar, ni de hacer el bien que pueda como Obispo de esta diócesis en cualquiera evento ó circunstancias.

Cuando aquí llegaba, un nuevo motivo de angustia acerbísima afecta y oprime mi corazón, y ese ilustre municipio tendrá la paciencia de acoger las quejas que produce.

Por personas fidedignas y por los periódicos me he enterado de que ese Ayuntamiento, en sesión celebrada en la próxima semana anterior, se ha servido acordar se saque á pública subasta la custodia, entregada hace dos siglos á la iglesia catedral por la ciudad con destino exclusivo á llevar el Santísimo en la procesion del Corpus.

A haber podido tener noticia con la anticipacion conveniente de este asunto, me hubiera apresurado á llamar la atencion del municipio sobre el acuerdo tomado por el que lo era de esa ciudad en los años de 1664, época en que se concluyó la construccion de la custodia.

Con registrar esa corporacion las actas capitulares de aquella fecha, podrá conocer cuál fué la voluntad de la ciudad de Cádiz, expresada por sus dignos concejales, que no fué otra que honrar en cuanto les era posible al Santísimo Sacramento, destinando la custodia para que en ella fuera llevado en las procesiones de la festividad del Corpus, siendo voluntad de la ciudad (son palabras textuales), «el que la dicha custodia esté y permanezca en la santa Iglesia catedral de ella, título y vocacion de la Santa Cruz, para siempre jamás,» para lo cual prosigue: «los señores diputados lo darán así á entender á los dichos señores Dean y Cabildo, para que si en virtud de cualesquiera Bulas ó Letras apostólicas de Su Santidad, Ordenes de S. M. C. el Rey D. Felipe IV nuestro señor, ó de los reyes sus sucesores, ú otra cualquiera causa ó accidente forzoso ó voluntario, la Silla Episcopal ó los señores Dean y Cabildo, que son ó fueren de dicha Santa iglesia, en algun tiempo se pasasen ó mudasen formando iglesia catedral, ó donde hicieren la mudanza, no se pueda la dicha custodia sacar de dicha santa iglesia, ni llevar á otra alguna.»

La iglesia aceptó la oferta que por la ciudad se hizo de la custodia, la bendijo, y es depositaria de ella, y ha venido usándola desde aquella fecha, segun la intencion y expresa voluntad de la ciudad donante.

En vista de estos antecedentes, el Ayuntamiento no puede, aun cuando interpretase los sentimientos de los actuales vecinos de esa ciudad, católicos en su mayor parte, revocar la donacion que hizo, dedicando para siempre al culto y en honor del Santísimo Sacramento esa alhaja, aceptada por la iglesia, no habiéndose faltado á la condicion impuesta, pues que la santa iglesia catedral no se ha trasladado á otro lugar, sino que ha permanecido en Cádiz.

Esto lo sugieren los principios más rudimentales del derecho y la mera lectura de las mencionadas actas capitulares. Nada más opuesto al espíritu y á la letra de la donacion y entrega de la custodia, que recojerla ahora el Ayuntamiento, sacarla de la iglesia donde debe permanecer, *para siempre jamás*, y venderla para destinar su producto á otros objetos, cualesquiera que sean.

Omito otras consideraciones como la de la poca honra que ha de recibir la ciudad, enagenando una alhaja de reconocido valor artístico, para que pase á adonar tal vez un museo extranjero. Las naciones estimadas por más cultas y libres, conservaron con esmero los objetos del arte, producto del génio de sus hijos. No será glorioso para una ciudad culta como Cádiz desprenderse de la custodia en la que, aparte del destino sagrado que ya tiene, posee una joya artística que nacionales y extranjeros admiran.

En su virtud, yo espero de la atencion de ese Municipio, se digne, como le ruego, revisar su acuerdo y reformarlo al punto de que no se llegue á realizar una resolucion que, cual la presente, no me es posible como Prelado de la Iglesia de Cádiz aprobar ni consentir sin faltar á los derechos divino, natural y eclesiástico y civil, y sin renunciar á la vez al amor patrio que me identifica con las glorias y monumentos sagrados y artísticos de esa ciudad.

Dios guarde á esa ilustre Corporacion muchos años.—Jimena de la Frontera, en Santa Visita, á 25 de Junio de 1873.—FR. FÉLIX MARÍA, *Obispo de Cádiz*.

Al Ayuntamiento republicano de la ciudad de Cádiz.—Es copia.

Al prepararse la Exposicion universal de Viena, Mr. Antonin Rondelet publicó en París un artículo, que llamó la atencion del público. Posteriormente, en vísperas de inaugurar la exposicion mencionada, la comision de la asamblea francesa, que examinó la proposicion de enviar á la misma un número determinado de obreros franceses, manifestó su acuerdo contrario á lo que se pedía; y con tal motivo volvió á escribir Mr. Rondelet acerca de la materia con la lucidez que puede verse en el artículo siguiente, digno por su cordura de quedar consignado en esta seccion de nuestra Revista, pues en verdad ayuda á conocer y apreciar el movimiento de las ideas y proyectos concernientes al proletariado.

LAS DIPUTACIONES DE OBREROS EN LA EXPOSICION DE VIENA

Se ha pedido en los últimos días á la Asamblea nacional un crédito de 100.000 francos para facilitar los medios de asistir á la Exposicion de Viena á cierto número de obreros franceses.

Conviene prescindir de la forma de la proposicion, de su autor, de la oposicion que esperaba encontrar, al parecer, y que acaso ha tenido buen cuidado de suscitar.

Entraña esto una cuestion que se relaciona con la ciencia social y que encuentra en ella una solucion fácil y equitativa á la vez, ideada para prevenir del lado de la mayoría el desaire de una negativa, en la minoría el orgullo de una victoria.

Es preciso ponerse de acuerdo sobre los motivos que pueden aconsejar esta generosidad y apoyar este ruego, de lo cual se deducirá naturalmente la ley que debe determinar su uso.

¿Qué razon se da, hoy como en otro tiempo, para justificar la presencia de los obreros en estas grandes manifestaciones de la riqueza? El interés de la industria, los progresos del trabajo, Alégase que los obreros encontrarán allí ocasion de instruirse y de perfeccionarse en su oficio.

Si así es, y de este modo admito sin prótexa la explicacion que se me da, es muy natural que los obreros, á los cuales debe confiarse esta comision, sean elegidos de la manera más conforme con los intereses que están encargados de servir.

¿La eleccion de los delegados por sus iguales, por medio de una especie de sufragio universal practicado en cada industria, llena cumplidamente este objeto, y no conduce, en realidad, á un resultado enteramente distinto?

La experiencia ha contestado más que suficientemente á esta pregunta.

Sin que se pretenda insinuar ni decir nada de la coincidencia señalada por personas notables, entre la organizacion y los progresos de la Internacional por un lado y el envío sucesivo de delegaciones elegidas por obreros, bien puede consignarse el hecho siguiente:

La eleccion de los delegados ha sido motivada por otras causas que las consideraciones puramente industriales.

No acuso á estas reuniones de haber cedido, bajo la presión de las circunstancias y bajo la influencia de ciertas inspiraciones, á preocupaciones de toda especie. Me bastará tomar acta de ello bajo el punto de vista puramente histórico.

Los que aconsejaban tales elecciones, los que imaginaban ó protegían estas candidaturas, las más de las veces en provecho propio, no lo hacían apoyándose en los conocimientos técnicos, en aptitudes reconocidas, en la notoria buena voluntad de sus clientes. Era lo más frecuente que hablasen de derechos por conquistar, de una nueva organizacion social que establecer, de

alianzas que promover entre los trabajadores ó de huelgas que combinar entre los patronos.

Repito que no me sorprende de ningun modo que esto haya sucedido. Parece muy natural que, dadas las condiciones ilógicas de semejante eleccion, se llegue inevitablemente al caso de exigir de los candidatos que hagan sus pruebas, mucho más que como obreros, como profesores de ciencia social.

La verdad es que el juez más competente de la capacidad industrial del obrero no es el compañero de taller, que le envidia ó le soporta, le provoca ó le teme, sino el patrono que le emplea.

El perfeccionamiento del trabajo, el adelanto en los sistemas, la introduccion de métodos y de máquinas nuevas, requiere, de una manera ineludible, la intervencion y el concurso del fabricante.

¿De qué sirve al obrero tener á la vista y hasta aprender un nuevo invento, si el patrono no le facilita introducir ese progreso en su taller?

¿No es de temer, si este objeto de perfeccion industrial no está siempre ante su imaginacion, que traiga de sus expediciones más quejas que descubrimientos? ¿No le sucederá lo que sucede á todo espíritu inquieto é irreflexivo, que al mirar superficialmente cualquier cosa de este mundo perciba más bien sus ventajas para envidiarlas, que sus inconvenientes para temerlos?

Sucede en esto lo mismo que siempre ha sucedido: que se ha querido imaginar entre el obrero y el patrono una division de intereses, y establecer sobre esta division de los intereses la lucha de su antagonismo.

Este estado de guerra no puede establecerse y sostenerse si no en mutuo detrimento del obrero y del patrono. Es el mismo terrible sacrilegio de siempre, del hombre que en la hora del combate pisotea la rozagante miés que le alimentaba, convirtiendo en un erial, en una especie de arenal seco y resistente aquellos surcos fértiles y preparados para la vida por el trabajo del labrador.

El progreso en la industria ¿se realiza en provecho del patrono, ó en el del obrero?

¡Devine, si tu peux; et choisis, si tu l'oses!

Cuando la mano de obra llega á ser ménos penosa, las máquinas más ingeniosas, los esfuerzos ménos brutales; cuando el trabajo se hace mejor y más de prisa á la vez; cuando se estiene el consumo, gracias á la baratura y al desahogo de la produccion y porque la inteligencia toma una parte mayor en esta modificacion de la materia, ¿puede ser el patrono el único que se felicite de este progreso, ó el trabajador el único que de él se aproveche?

La verdad, á pesar de todas las luchas suscitadas por el espíritu de desorganizacion de que somos víctimas, á pesar de las pro-

vocaciones de unos y las resistencias de otros, la verdad es que siempre hay una repartición entre las ventajas conquistadas. Para negar en este punto la evidencia, sería necesaria una ignorancia demasiado tosca ó una mala fé demasiado refinada.

No es, pues, el obrero el único que tiene interés en el progreso de su industria. En sus esperanzas como en su trabajo, en sus esfuerzos como en sus resultados tiene un aliado, un asociado natural. Podrá combatirle, pero no separarse de él ni vivir sin él. Se encuentra exactamente en la condicion de aquellos gemelos de Siam, de quienes se decia que reñian y se golpeaban, pero sin poder dejar de estar unidos.

Hay más, y aunque me exponga á ofender el amor propio del obrero, no debo callar la verdad. Sabido es que tiene ésta el privilegio de suscitar las más vivas contradicciones.

El patrono se encuentra en mejor disposicion que el obrero, para apreciar las aptitudes naturales. Para ilustrarle tiene un interés muy diversamente seguro y vigilante que la influencia arrebataadora de los discursos ó los azares del escrutinio. Impórtale, ante todo que se envíe á una exposicion, no al que habla mejor, no al más atrevido en las empresas, sino á aquel que más idóneo sea para traer al taller de la fábrica más perfectos procedimientos.

No hay que engañarse ni temer aquí las elecciones arbitrarias impuestas por la fuerza ó sutilizadas por la simpatía, como sucede con los gobiernos débiles y mal aconsejados; el patrono sabe muy bien subordinar sus repugnancias personales á un interés evidente, y no dejará de enviar el más capaz, el que, cuando vuelva, le podrá enterar mejor, el que le dará más seguro apoyo para realizar en su fábrica las modificaciones y reformas de que pueda esta necesitar.

Casi excusado es decir que, para no proceder al azar y para no abandonar esta repartición á lo arbitrario, convendría dirigirse á las juntas de comercio, cuya situacion les permite conocer perfectamente el personal de patronos; indicar la proposicion de los delegados para cada industria y tomar las medidas y hacer las gestiones necesarias.

El sistema de que me ocupo tendria además otra ventaja. No solamente excluiria las designaciones políticas, sino concluiría completamente con los beneficios que ciertos candidatos obtenian, ya de cierta reputacion, ya de determinadas afiliaciones, ya, en fin, de algunas promesas. Pero la seguridad que tendria el patrono de ver emprender esta excursion al extranjero al más digno y de esperar fundada y confiadamente recojer las ventajas de ella le dispondria á su vez á entrar por alguna cosa en éste sacrificio.

¿Y por qué no imponer á esta generosidad, consentida por la nacion, la misma condicion que se impone á la mayor parte de las demas subvenciones que paga el Estado? A los municipios, á las asociaciones privadas, á la mayor parte de los que solicitan un auxilio, se les pide que justifiquen por lo ménos un gasto igual

á la suma que pretenden: ¿No es perfectamente oportuno aplicar estas tradiciones á la comision de los obreros?

Una vez que se haya dado la seguridad de que se ha hecho la designacion enteramente conforme con el objeto que Francia se propone, parece de todo punto natural, no el hacer que compre este don el fabricante llamado á distribuirlo, no el imponerle una contribucion forzada, sino poner en primer lugar á los obreros cuyos patronos se avengan á pagar á su costa la mitad de los gastos del viaje.

Desde el momento en que la delegacion que se encarga á los trabajadores no es una especie de embajada política y delegacion social, bien puede decirse que los 100.000 francos pedidos á la Asamblea nacional se concederian en definitiva lo mismo á los fabricantes que á los obreros, del mismo modo que las cantidades gastadas ya en la instalacion de la Exposicion de Viena, aunque en el presupuesto se consignan á nombre de los patronos, no por eso dejan de ser en realidad una subvencion de que se utiliza el obrero, con el mismo título y acaso en mayor proporcion.

Mediante estas precauciones y este prudente empleo de la suma que se pide, no sentiria ciertamente ver que se concedia. No seria pagar muy cara la ventaja de desechar de este modo anti-guos y funestos errores.

No se necesita ménos quizás para pasar por encima de la justicia y de la ley comun. No falta, en efecto, más que, fuera de los obreros, todo el mundo se coligue para favorecer á honrados y laboriosos jóvenes pertenecientes á todas las profesiones que no tienen el privilegio de ser un oficio.

Aquellos no tendrian ménos interés ni encontrarian ménos ventajas en hacer gratuitamente el viaje á Viena; tampoco tienen medios para ello, y tampoco volverian con las manos vacías.

Pero los tiempos no son propicios para que se haga nada de buena voluntad en pró de las cosas del espíritu. Hay épocas en que para representar á las naciones y asegurar los progresos de un pueblo se delegan sabios, artistas, filósofos, hombres de Estado; miéntras que en otros momentos históricos se envian para asegurar todo el progreso que se puede herreros, zapateros, torneadores. Opínase entónces que estos son los únicos capaces de aprender algo que sea verdaderamente provechoso. Es preciso sufrir estas épocas, pero conviene demostrar al mundo el materialismo á que se encuentran reducidas.

ANTONIN RONDELET.

CRÓNICA Y VARIEDADES

LA DISCIPLINA DE LA ORDENANZA NAVAL

Debemos recordar, hoy que nuestra marina ha sufrido en su régimen glorioso tan hondas heridas por la malicia de hombres desatentados, aquellos

ejemplos que sirven á demostrar, cuán necesarios son los vínculos del deber, del honor, de la obediencia y de la eficaz y constante responsabilidad, en toda institucion ú organismo militar, si ha de ser instrumento de civilizacion y gloriosa prosperidad, y no máquina inica y ciega de odiosa destruccion, de inseguridad social, de miseria y universal deshonra.

Algunos pormenores sobre el naufragio del vapor inglés *Atlántico* en Marzo último comunicaron los diarios extranjeros, que juzgamos oportuno dar á conocer.

Los despachos de Filadelfia dijeron que los pasajeros y tripulacion del buque se elevaban á 1,038, y que de estos solo 300 fueron los salvados, gracias á una cuerda que pudo establecerse entre la roca donde el buque se estrelló y la orilla, distante 200 pasos del puerto de Halifax, que tambien envió tres embarcaciones de socorro que contribuyeron á esta salvacion. La causa del siniestro fué haberse tomado por el faro de Sambro un fuego lejano que dividió el buque, del lado justamente en que habia muchas rocas y escollos. La destruccion del buque fué instantánea. A su bordo iban muchos alemanes, alsacianos, irlandeses é ingleses, colonos en su mayor parte de la Nueva-Escocia.

The Daily News publicó un despacho de Nueva-York; en el que se decia que el vapor tuvo que luchar largo tiempo con vientos huracanados, y que sus calderas habian sufrido una explosion. Los cálculos del oficial de derrota parece que habian sido erróneos, pues cuando el capitán bajó de descubierta, estaban, segun calculo, á 48 millas al Sur de Sambro; pero no viendo la luz del faro, resolvió seguir marehando con el rumbo que llevaba. La primera noticia que tuvo de la catástrofe, fué el sacudimiento que sintió.

Sin duda lo oscuro de la noche no permitió ver las rompientes.

Inmediatamente se dió orden de que se cerraran las puertas de los camarotes, pero los viajeros las hicieron saltar para subir sobre cubierta. Los entrépuentes se llenaron de agua, y todas las personas que estaban en ellos fueron instantáneamente ahogadas, no oyéndose sus lamentos más de dos minutos.

Cuando el buque se acabó de abrir, los cuerpos de los ahogados fueron arrastrados por el mar, siendo los primeros los de las mujeres y los niños.

Otro periódico dijo que la principal causa que al parecer habia influido en esta horrible catástrofe fué la falta de disciplina en la tripulacion.

The Telegraph añadió que la escasa capacidad del capitán Williams es generalmente condenada. La prensa inglesa y americana censura la conducta de los oficiales, y sobre todo de la tripulacion.

El primer maquinista, Mr. Foxley, manifestó que la muerte de todas las mujeres y niños que se hallaban á bordo, debe atribuirse á que varios pasajeros, locos de temor, habian abierto las escofillas, á pesar de la prohibicion de los oficiales; el agua que barria la cubierta penetró en el interior de los camarotes, ahogando á los infelices que estaban acostados en sus literas.

El capitán del *Atlántico* explica el naufragio por una falta cometida en los cálculos de velocidad. Declara que á 460 millas de Sandy-Hook solo quedaban á bordo 127 toneladas de carbon; niega las mutilaciones hechas por los marineros en los muertos, pues se habia dicho que habian arrancado las sortijas de

los dedos de las mujeres, cortándoles las manos, y los pendientes, arrancándoles las orejas. Dice que los robos se han exagerado mucho; pero, sin embargo, acusa á la tripulacion de la mayor indisciplina.

El contra maestre Thomas declara que á las dos de la mañana, algunos minutos ántes de la catástrofe, previno al segundo teniente, Mr. Metealf, que no se acercase tanto á tierra, porque el buque debia haber llegado ya á la distancia desde donde debian verse las luces de Sambro. Dice que Mr. Metealf lo envió á paseo.

Thomas estaba en el timon cuando el vigia gritó: «¡Rompientes por la proa!» y pasó la barra á babor.

A pesar de que la máquina, no el buque, tocó inmediatamente, en el acto echaron los botes al agua, una canoa estaba ya llena de pasajeros y pronta á ser puesta á flote, cuando se notó que los taponés de madera de los agujeros del fondo no estaban en su sitio, y que la embarcacion, haciendo agua, se iria á pique inmediatamente. El desórden era tal, que no se encontraban los taponés ni pudieron ser reemplazados.

Se dice que la tripulacion estaba en completo estado de indisciplina, y que costó un trabajo inmenso impedir que cometiese toda clase de actos vandálicos. Durante la travesía, el 27 de Marzo, los marineros habian tratado de romper la puerta de la bodega.

Cuando los pescadores llegaron al lugar del siniestro, los marineros *derribaron á los pasajeros á puñetazos*, y se metieron ellos en las embarcaciones.

Se insiste en que todos los muertos han sido despojados.

Esto debe servir de ejemplo en España y en todos los países; quítese aquí la intervencion que la marina de guerra tiene en la composicion de las tripulaciones, y tendremos que lamentar muchos casos como el del Atlántico, despues de los tristísimos é infamantes que ya lloramos con lágrimas de vergüenza y desconsuelo.

Album de mis hijos. Con este título ha publicado el Sr. Torres Muñoz de Luna, un libro de poesias, llenas de ternura y sana doctrina. Para recomendarle basta decir que vá precedido de un prólogo escrito por la elegante y honrada pluma de Fernan Caballero. Y como cunden tantos libros de nocivo recreo en las familias, deber nuestro es señalar aquellos, que como el *Album de mis hijos* pueden los padres poner sin el menor recelo en las manos de sus hijas y de sus hijos. En su lugar verán nuestros lectores el oportuno anuncio.

El sentimiento religioso en la asamblea francesa. Creemos que nuestros lectores se enterarán con agrado de un episodio importante de la sesion del dia 20 de Julio en la Asamblea francesa de Versalles. Révela por fortuna cómo renace y se levanta el espíritu religioso de la católica Francia.

Contestando al discurso del general Guillemaut, el general Robert habló del Santo Sacramento del altar, y á esta palabra la izquierda lo interrumpió con los monosílabos admirativos ¡Oh! ¡oh! mezclados con risas. Entónces el general Robert contestó con acento lleno de energía: *Si, señores, el Santísimo Sacramento.* Y la voz del bravo general demostró todo el valor de su fé, é hizo sentir á los ateos todo el peso de su indignación. La izquierda bajó la cabeza, y de la derecha surgió, para corresponder al acto de fé del general, un verdadero estruendo de aplausos. He aquí un fiel extracto de este incidente que revela cómo se vuelven los ánimos de guerreros y legisladores, lo mismo que de las demás clases de la sociedad francesa, al norte fijo, seguro é inextinguible de la religion.

España, que aprende tanto de las locuras é iniquidades de los demagogos franceses ¿tardará mucho en aprender lo noble y cuerdo de la nacion vecina? Ya por desgracia no faltan, ni las lecciones de sangre y ruínas, ni las tristezas del desengaño. Tiempo es de abrir los ojos y evitar la continuacion de los males.

El extracto dice así:

«*El general Robert:* Señores, subo á la tribuna para hacer una simple rectificación, respondiendo á un aserto erróneo del general Guillemaut.

He tenido la desgracia de que me interrumpa mi colega, pero espero probaros que el motivo de la interrupcion está fundado sobre un texto. (¡Que hable, que hable!)

Hace poco que el ilustre general Guillemaut se dolía del hecho... de que las tropas habian sido reunidas varias veces en gran número para escoltar las procesiones de la fiesta del Corpus. Pretendió que aquello no debía hacerse, por ser una irregularidad debida á excesos de celo y abusos de autoridad, que podian ser rechazados, si no por el ministro de la Guerra actual, al ménos por algunos de los ministros sus antecesores.

Yo le he conlestado que estos honores, rendidos al Santísimo Sacramento, estaban prevenidos y prescritos por los reglamentos; él me replicó: «Enseñadme el reglamento». Y yo vengo á traerle la cita. (¡Muy bien! ¡Muy bien!)

Señores, el decreto de 1853 sobre el servicio de plaza, que no hace mas que reproducir las disposiciones del decreto del 24 *Mesidor* del año XII, lleva, entre otras disposiciones concernientes á los honores que se han de réndir al Santísimo Sacramento, disposiciones, que no lecré todas, sino las siguientes, que voy á leer textualmente:

«Cap. XX.—Escoltas de honor.—El Santísimo Sacramento...»

(En algunos bancos de la extrema izquierda: ¡Oh, oh!)

El general Robert: ¡Sí, señores, el Santo Sacramento! ¡El Santísimo Sacramento!

(¡Muy bien, muy bien! Aplausos repetidos en muchos bancos de la derecha y del centro derecho.)

Ese signo venerable de la presencia real de nuestro Dios, ante el cuál se arrodilla todo católico, toda cabeza cristiana se inclina, todo corazon cristiano se eleva y ora. (Nuevos y más vivos aplausos en los bancos.)

¿Cómo señores, se puede extrañar que en un texto legal se escriba esta palabra: «¡El Santo Sacramento!» ¡Cómo! El decreto sobre el servicio de las plazas se ha tomado la pena (y lo sabe bien mi querido compañero) de indicar cuales son los honores militares que se han de rendir á los príncipes, á los oficiales generales, á los funcionarios de todas las órdenes, «y hay quien se admira de que se haya dignado al mismo tiempo hacer constar á la cabeza de su texto los honores que se han de rendir al Santísimo Sacramento? (Rumores é interrupciones en algunos bancos de la izquierda.)

El Sr. presidente: No interrumpais, señores, y dejad al orador que termine.

El general Robert: He aquí el texto: «Artículo 342. Cuando las procesiones del Santísimo Sacramento tengan lugar en las ciudades en que son autorizadas, las tropas todas... ¡todas las tropas!... formarán en batalla en la carrera por donde la procesion deba pasar, siguiendo el orden establecido por el artículo 296, en que se designa el rango...»

No cito el resto del artículo porque no contiene mas que detalles.

Tambien los reglamentos previenen que cuando las procesiones del Santísimo Sacramento tengan lugar fuera de las iglesias en las ciudades, todas las tropas, todas, entendedlo bien, se coloquen en batalla en la plaza principal por la cual la procesion haya de pasar.

Pues bien, este es el artículo, que se practica de un modo mucho más cómodo para las tropas, pues en lugar de llamarlas á todas, no se llama mas que á una parte, que se encarga de rendir, por toda la guarnición, los honores militares al Santísimo Sacramento.

Os he dicho que estas disposiciones eran la reproduccion del decreto del 24 *Mesidor*, y en efecto, el título II de este decreto está única y exclusivamente consagrado á los honores militares, que se han de rendir al Santísimo Sacramento.

He aquí al pié de la letra los textos de los artículos 1.º y 4.º, que contienen en conjunto diez párrafos detallados, de los que yo, al ménos por ahora, tan sólo leeré los primeros; que de los otros hago por hoy gracia á mis *ilustres* interruptores.

«Artículo 1.º Las ciudades en donde, para ejecucion del art. 45 de la ley de 18 Germinal, año X, las ceremonias religiosas pueden tener lugar fuera de los edificios consagrados al culto católico, cuando el Santísimo Sacramento pase por delante de una guardia ó reten, el sargento ó soldados tomarán las armas, las presentarán, pondrán la rodilla derecha en tierra... los oficiales saludarán con las espadas, llevarán la mano izquierda al sombrero. La bandera saludará.

Art. 4.º En las procesiones del Santísimo Sacramento las tropas se pondrán en batalla en las plazas por donde la procesion deba pasar: el sitio de honor estará en la puerta de la iglesia por donde la procesion deba salir; el regimiento que lleve el primer número tomará la derecha, y las tropas de á caballo irán despues de la infantería.»

Y concluyo ya la lectura, señores, porque ya estais enterados.

Yo habia prometido evacuar una cita de los textos reglamentarios, y he cumplido mi palabra; la cita me parece bastante explícita: si posible es refutarla, ¡que la refuten! (Bravos y aplausos prolongados en la derecha.)»